

ORACION FÚNEBRE

PRONUNCIADA EL 2 DE MAYO DE 1878,

CON MOTIVO DEL ANIVERSARIO

QUE,

EN HONOR DE LAS GLORIOSAS VÍCTIMAS DEL CALLAO,

CELEBRARON LOS CUERPOS DE LA ARMADA

EN LA REAL IGLESIA DE LA ENCARNACION DE MADRID,

POR EL LICENCIADO

DON GENARO BUCETA Y ROCHA,

Presbítero, primer Capellan de la Armada, del Ministerio de Marina y
Oficial del Vicariato general castrense.



MADRID:

IMP. Y FUND. DE LA VIUDA É HIJOS DE J. A. GARCÍA.
calle de Campomanes, número 6.

1878.



S. M. el Rey (Q. D. G.) se ha servido disponer se imprima por cuenta del Estado la Oracion fúnebre pronunciada por V. en la Real iglesia de la Encarnacion, con motivo de la funcion religiosa que, en honor de las gloriosas víctimas del Callao, celebraron los Cuerpos de la Armada el 2 de Mayo último.

De Real orden lo digo á V. para su conocimiento, satisfaccion y fines consiguientes. Dios guarde á V. muchos años. Madrid 1.º de Junio de 1878.—*Pavia*.—Al primer Capellan de la Armada, D. Genaro Buceta.

*Nequaquam ut mori solent ignavi mor-
tui sunt.*—Reg. 3.º, v. 33.

¡Han muerto! pero no como suelen mo-
rir los egoistas y los cobardes. (Del Li-
bro de los Reyes al cap. 3.º, v. 33.)

EXCMO. SR. (1)

Lo que forma una nacion es su alma. Las naciones como los individuos tienen alma, y viven por ella. Todo pueblo tiene una historia en el pasado, no tiene dos, sino una, y si rompiese su latente tradicion dejaria de existir. Todo pueblo tiene una conciencia en el presente, un fondo comun de creencias, de afectos, de intereses y costumbres, y en este sentimiento profundo de su vida colectiva es donde asegura su unidad y su independencia nacional. El alma de una sociedad, de una nacion, es ante todo su religion; ese culto nacional que nos tuvo en sus brazos durante doce siglos, que inspiró á nuestros sábios, á nuestros artistas, á nuestros soldados, á toda nuestra historia, y del cual no podriamos renegar sin renegar con él de la pátria misma. Así se explica que ya en la historia antigua como en la contemporánea resalte tanto la union del sentimiento reli-

(1) Concurrían al acto los Excmos. Sres. Ministros de Marina y Gracia y Justicia, el Excmo. Sr. Almirante y demás Oficiales generales, Jefes y Oficiales de todos los Cuerpos de la Armada residentes en esta corte, acompañados de Comisiones de los diferentes institutos del Ejército.

gioso y del nacional. Las sociedades primitivas fueron verdaderas teocracias, en que se hallaba arraigado de tal modo el sentimiento nacional en el religioso, que se confundía con él.

En los vastos imperios de los egipcios, de los asirios y de los persas las primeras dinastías formábanse de dioses, cuyos legisladores eran sacerdotes, intentando dominar á sus enemigos por el poder de sus divinidades. La China, esa nacion extraña, la ménos religiosa quizás que ha visto el mundo, no ha podido fundar su vida pública sino sobre esta misma idea religiosa: tiénese por el Celeste Imperio, y llámase su Soberano el Hijo del Cielo.

Los antiguos colocaban dioses en los cimientos de sus edificios, dioses en la cima de sus colinas; en estas tradiciones adquirió la Roma de los Césares la fuerza que constituyó su grandeza y conservóle su nombre propio; fundada por una banda de aventureros y bandidos, solo llegó á ser señora del mundo despues de subir á sus propios altares y de haber consagrado con apasionadas plegarias el patriotismo de sus hijos.

¿Cómo comprender la historia de Inglaterra, llamada el país clásico de la libertad, sin estudiar la historia de sus monjes, por ella misma derribados, conservando, sin embargo, en sus instituciones y costumbres el sello, vivo todavía, del espíritu monástico? Y si de la historia de Inglaterra pasamos á la de la nacion vecina, ¿quién puede olvidar el interesante papel que han hecho sus Obispos? Sobre un campo de batalla, unióse el patriotismo de los francos con la fé de los cristianos en el corazon de Clovis. ¿Cómo no recordar á Juana de Arco, salvadora de las instituciones y de la independencia de su pátria?

Si recorremos nuestra historia, resalta más y más, no la union, sino la fusion del sentimiento religioso y del nacional; nuestros Concilios de Toledo, con su carácter religioso político; las luchas heróicas y tantas veces seculares de nuestro patriotismo religioso contra los moros, esa epopeya nacional que termina con los esplendores de los Reyes Católicos, arrancando palmo á palmo del poder musulman el suelo de la pátria; un nuevo mundo á quien dimos nuestra religion, nuestra civilizacion, nuestro lenguaje, nuestra vida misma; la titánica lucha cuyo comienzo conmemora hoy el pueblo de Madrid, honrando á las primeras víctimas de nuestra libertad, de nuestra independencia nacional; epopeya ilustre, páginas brillantes de nuestra historia, con las cuales probamos al mundo que los defensores de Zaragoza y de Gerona eran dignos nietos de los que hicieron inmortales los nombres de Sagunto y de Numancia.

Es, pues, un hecho, Excmo. Sr., que el alma de un pueblo vive, sobre todo, de Dios y de la religion, y se da el caso de que naciones que están, ó han estado, políticamente muertas, vivan solo por su alma, que se halla enteramente reconcentrada en su religion; Polonia é Irlanda pudieran servir de ejemplo; pero además del hecho, hay para esto una razon, y es: que nuestra religion, despues de mantener los principios de justicia social, inspira poderosamente y produce la fé y el amor pátrios; por eso la Iglesia Católica proclamó siempre que la moral no existe solo para la vida privada, sino para la pública, que nuestros sentimientos religiosos purifican y divinizan nuestro sentimiento nacional, inspirando esa fé que es la antorcha que guía al soldado al campo de batalla, para combatir en él como héroe y morir como cristiano. Esta misma fé, realzada y sublima-

da por nuestras convicciones religiosas, nos reúne hoy bajo las bóvedas de este augusto templo para conmemorar un hecho glorioso, sin igual acaso en los fastos de la historia, el combate del Callao, llevado á cabo por nuestra escuadra nacional el día 2 de Mayo de 1866.

Yo tengo la honrosa mision de presentaros á las ilustres víctimas de aquel glorioso hecho naval como fieles guardadores de la honra de España, cumpliendo un sagrado deber que la religion inspira, que la Iglesia Católica bendice y que Jesucristo premia. Y ved aquí, señores, el objeto de mi discurso.

Ante la grandeza del asunto, ante el fúnebre, pero glorioso monumento que aquí levanta vuestra piedad, ante vuestra ilustracion tan reconocida, encuéntrome pequeño y débil para la alta mision que se me ha confiado; pídele al Dios Omnipotente la gracia de mi sagrado ministerio y á vosotros, toda la indulgencia que necesito.

Que no han de faltarme espero, ni la una ni la otra, y en esta confianza atrevome á continuar.

Es el amor á la pátria un sacrificio, no un goce; fácil es el amor cuando es goce; pero entonces es tambien cuando está más cerca del egoismo; por eso cuando este amor se mantiene por un sacrificio universal y perseverante ;cuánta necesidad tiene de reposar en la fé, en una fé profunda y entusiasta! El amor á la pátria exige de nosotros el sacrificio de nuestro egoismo personal hasta un grado que puede ser heróico: es preciso obedecer á leyes que nos molestan, es preciso renunciar, no precisamente á nuestros derechos, sino á la manera personal é independiente de ejercerlos; la ley dice: no tocaré á tu derecho, pero á fin

de no lastimar el de tu vecino, usarás del tuyo, de éste ó del otro modo, con éstas y las otras restricciones. Despues del yugo de las leyes, vemos pesar el impuesto sobre todas las clases sociales, lo mismo sobre la miseria del pobre que sobre el fausto del rico. En pos del tributo del dinero, el de la sangre, cosa necesaria, pero cruel; ¡cruel para el padre, á quien se arrebató el compañero de sus trabajos; para la madre, á quien se arranca un pedazo del corazon y la alegría de la casa; cruel para el jóven mismo, á quien va á privarse de la parte más hermosa de su libre y lozana juventud! ¿Qué es, pues, el amor á la pátria más que un sacrificio continuado?

Y sin embargo, esta série de sacrificios nada vale para la fé patriótica, es decir, para el sentimiento nacional purificado y divinizado por la religion: esta es la fé que ha guiado á las ilustres víctimas que lloramos, para sacrificar su vida á 4.000 leguas de su pátria, defendiendo su honra mancillada por unas républicas tan injustas como ingratas.

Inútil fuera referir, por demasiado conocidas, las causas que dieron lugar á la gloriosa campaña del Pacifico, en la cual las privaciones y penalidades de todo género estuvieron en razon directa del valor, de la abnegacion y del patriotismo de los que en ella tomaron parte.

El 31 de Marzo de 1866, en vista de la obcecacion del Gobierno de Chile, tuvo lugar el bombardeo de Valparaiso, llevado á cabo por nuestra escuadra al mando del Brigadier entonces de la Armada, el ilustre Mendez Nuñez. Castigado Chile, era cuestion de honra volver al Perú, que nos habia declarado la guerra. Despues de haber bombardeado una plaza que nada habia hecho para su defensa, la escua-

dra consideraba como un deber sagrado batir las fortificaciones del Callao, una de las plazas mejor fortificadas del mundo, perteneciente á la república del Perú. ¡Temeraria empresa, batir con fragatas de madera fortificaciones formidables, torres blindadas dotadas de monstruosa artillería, que nunca habian batido buques; penetrar en un puerto erizado de peligros, sembrado de torpedos! La empresa pudiera aparecer hasta ridícula, sino fuera acometida por españoles; pero para los continuadores de las glorias de Pizarro, de aquellas gigantescas hazañas que, más que históricas, parecen fantásticas leyendas inspiradas por las maravillas que encerraba el vasto imperio de los Incas, la empresa, si no era fácil, ni de éxito seguro, hacía la necesaria la honra de España, mancillada por bastardos enemigos; así lo comprendió aquella escuadra, y aunque todos tuviesen que sacrificar su vida y aunque todos sus buques debieran quedar sepultados en las aguas del Callao, se aprestó al combate.

Era el 2 de Mayo de 1866: componíase la escuadra de la fragata blindada *Numancia*, que arbolaba la insignia como capitana, y de las fragatas de madera *Berenguela*, *Villa de Madrid*, *Blanca*, *Resolucion*, *Almansa* y goleta *Vencedora*. Dada la señal de levar, pusiéronse los buques en movimiento, hecho el zafarrancho y larga la bandera de combate.

Nada más imponente, vosotros lo sabeis bien, nada más majestuoso que el aspecto de una escuadra pronta á entrar en fuego; pierden los buques la gallardía y esbeltez de su arboladura; calados los masteleros, vestidos de luto los costados, con sus cañones en batería, adquieren los buques proporciones fantásticas que los hacen desconocidos, y hay

algo de lúgubre y amenazador en esas flotantes baterías, dispuestas á vomitar el hierro, la desolacion y la muerte. Así aparejada la escuadra, dirigióse formando tres divisiones, de su fondeadero en la isla de San Lorenzo al puerto del Callao, que iba á ser el teatro de su gloria.

A las once y cincuenta minutos, la *Numancia*, que formaba cabeza de division, llegó la primera á su puesto y presentando al enemigo su costado de estribor, rompió el fuego.

No esperéis de mí, señores, que haga aquí una descripcion detallada de aquel combate que tan alto colocó el nombre de la moderna marina militar de España; cuanto yo pudiera decir fuera pálido, y temo que mis palabras empañen el brillo de accion tan gloriosa.

Así como en el seno de preñada nube se ve el rayo en un momento mismo brillar, estallar, herir y destruir; del mismo modo, colocadas en posicion nuestras fragatas, denso celage de humo cubrió sus baterías, y el eco prolongado de 100 cañones ensordeció el espacio. No se hizo esperar el enemigo, y sus torres blindadas y rasantes baterías vomitaron monstruosos proyectiles.

A los veinte minutos de iniciado el combate, cuando éste se sostenia con igual decision y arrojo por una y otra parte, cuando el fuego era más vivo, una granada de nuestros buques penetró en una de las torres blindadas; densa nube de humo envolvió sus contornos, y sus cavidades lanzaron al espacio torrentes de fuego, cual inmenso cráter de un volcan; habia volado, la bandera peruana desapareció de una de sus fortalezas.

Yo no acierto á describiros el arrojo y el entusiasmo con que combatía aquella escuadra, las andanadas de nuestras

fragatas se sucedían con tal rapidez cual si sus cañones obedecieran á eléctrica batería; cada vez que una cortina de humo cubría sus costados, sus proyectiles levantaban en tierra densos torbellinos de polvo, chocando y despidiendo á distancias enormes los revestimientos de las baterías enemigas. Los bravos comandantes de aquellos buques encontraban estrecho y reducido el círculo de sus evoluciones; en su entusiasmo quisieran llegar con ellos al pié de las fortificaciones enemigas; la *Blanca* llegó á situarse á solo 800 metros de distancia; la *Resolucion* tocó el fondo; la *Numancia* cayó en cinco brazas, y solo la inmensa fuerza de su potente máquina pudo salvarla de situación tan crítica: entonces fué cuando un proyectil, haciendo astillas la bitácora y pasamanos del puente, causó ocho heridas de consideración al ilustre jefe de aquella escuadra, al bravo Mendez Nuñez. Mantúvose, sin embargo, sereno y firme en su puesto de honor; pero ¡ah! sosteniale su ardimiento, á los pocos momentos caía en brazos del Comandante de la fragata y se encargaba del mando el Mayor General de la escuadra.

Mientras esto sucedía en la fragata de la insignia, una granada Astromg penetraba en la batería principal de la *Villa de Madrid* por su costado de babor, causando inmensos destrozos, dejando 35 hombres fuera de combate é inutilizando completamente su máquina; no cesó por esto de hostilizar al enemigo, y aun remolcada por la *Vencedora*, siguió haciendo fuego hasta que perdió la enfilación. Retirada del combate esta fragata, con sentimiento inmenso de su brava dotación, quedó sola la *Berenguela* batiendo las fortificaciones del Norte; hizolo bizarramente, aunque no sin daño; un monstruoso proyectil Blakely de 500, pene-

tró en su batería, y despues de herir algunos hombres, salió por el costado opuesto bajo la línea de flotacion, abriendo una brecha de 14 piés de largo por cuatro de alto; precipitóse el mar en el buque como un torrente: en el instante mismo una granada de igual calibre penetra en el sollado, causando numerosas bajas, é incendia las carboneras. Los dos enemigos más temibles en un buque, el fuego y el agua, aquel cerca de los pañoles de la pólvora, éste cual ruda avalancha invadiéndolo todo, hasta la enfermería. Un momento más, y la fragata vuela ó se precipita encontrando gloriosa tumba en el fondo de aquellas aguas. ¡Visible proteccion del Cielo! Ni aun en momentos tan supremos desmintióse la serenidad de su Comandante; manda cambiar la artillería á la banda opuesta, y aquellos heroicos tripulantes pasaron á brazo los cañones; la fragata se habia salvado; la monstruosa brecha de su costado se alzó del agua; inclinada sobre su costado de babor se retiró del fuego, arrancando con su heroismo un hurra general de entusiasmo, con que la saludaron á su paso los buques extranjeros.

De otro drama no ménos terrible era teatro poco despues la *Almansa*; una granada de gran calibre penetró en su batería, comunicando el fuego á las cargas que conducian á las piezas algunos de sus tripulantes; todos fueron abrasados, pero ninguno se movió de su puesto hasta que llegó su relevo.

El fuego, devorándolo todo, se propagó rápidamente al antepañol de pólvora; el peligro de volar era inminente: una y otra y tercera vez, fué avisado el Comandante de la necesidad de inundar el pañol sin perder momento; su contestacion fué siempre digna de su serenidad y firmeza pro-

verbiales: antes prefería volar que inutilizar la pólvora. Lo que hizo fué retirarse de la línea de combate, y á la media hora estaba otra vez la *Almansa* clavada en su puesto renovando el ataque con mayor denuedo.

A las cuatro de la tarde solo tres cañones enemigos contestaban á intervalos prolongados el fuego de nuestros buques; el dia declinaba, espesa neblina empezó á cubrir el horizonte; á las cuatro y cuarenta y cinco, sin enemigos que combatir, la capitana hizo la señal de alto el fuego, y los buques se dirigieron al fondeadero de San Lorenzo.

Así terminó, Excmo. Sr., aquel dia tan glorioso para la moderna marina militar de España; los pueblos cultos nos concedieron el prestigio que merece una Nacion tan celosa de su honra. ¡Loor eterno á los que tan heroicamente supieron defenderla!

No se consiguió tan brillante resultado sin tener que lamentar dolorosas pérdidas: 43 cadáveres, entre ellos, los guardias marinas Godinez y Rull, recibieron sepultura en la isla de San Lorenzo, estrecho y sagrado recinto que la pátria y la marina militar jamás olvidarán. Hasta esa lejana tumba que encierra el heroismo de los mártires de la pátria, fieles guardadores de su honra, llega hoy nuestro recuerdo envuelto en las oraciones que humildemente elevamos al Dios de las misericordias.

Contó además aquella escuadra 83 heridos y 68 contusos; entre los primeros se contaba el Comandante general, el Comandante de la *Blanca*, y algunos oficiales.

Imposible fuera describir todos los rasgos de valor y abnegacion de aquella escuadra en una campaña tan prolongada: desde que posesionada de las Chinchas y compuesta tan solo de la *Resolucion* y *Covadonga*, desafiaba

con estos dos buques todo el poder de nuestros enemigos, hasta su vuelta á España, ¡cuántas privaciones y penalidades tuvo que sufrir la dotacion de aquellos buques! ¡Cuántos á causa de las enfermedades contraidas en campaña tan ruda vinieron á perecer en su pátria! Uno de ellos fué el ilustre jefe de aquella escuadra. Mendez Nuñez falleció en Agosto de 1869, su nombre es una gloria nacional, su muerte una pérdida irreparable para el Cuerpo á que perteneció. Valiente y hábil marino, se mostró á igual altura en las difíciles y peligrosas navegaciones que realizó, que en los combates en que tomó parte; de él puede decirse que la victoria le siguió por todas partes y la gloria no le abandonó jamás.

Ni sus honores ni su gloria fueron bastantes á disminuir un punto su modestia: modesto hasta la humildad, quizás no debiera yo hacer aquí estos elogios que tantas veces ha despreciado, ni ofender despues de su muerte una virtud que tanto amó durante su vida; cumplo, sin embargo, un deber de justicia, porque hoy ni yo soy sospechoso de adulacion, ni él capaz de vanagloria. Solo una ambicion hubo capaz de moverle, la gloria y la honra de su pátria; deseó-las sin límites, y todo lo refirió á ellas, ó mejor dicho, todo lo sacrificó por ellas, hasta su vida. Aquellas memorables palabras: «España quiere más honra sin barcos que barcos sin honra,» pronunciadas ante una imposicion que rechazaba la conciencia de su deber, pasarán á la posteridad como vuestro grito de guerra, siendo hoy emblema de nuestro orgullo nacional.

No debo continuar sin consagrar un recuerdo á los ilustres jefes de la Armada, el Mayor General de la escuadra del Pacifico, el bizarro General Lobo, muerto en París en

Abril de 1876, y el bravo Comandante de la *Almansa* en el Callao, el Brigadier Sanchez Barcáiztegui, muerto gloriosamente en el puente del vapor *Colon*, frente á Motrico, en Mayo de 1875. General ilustre el primero, de vastos y profundos conocimientos, ha enriquecido con obras de reconocido mérito la Biblioteca de Marina; de carácter enérgico y génio organizador, ha prestado al país inmensos servicios, que han venido á redundar en honra y prez del Cuerpo á que perteneció. El General Lobo era excelente ciudadano y bizarro militar; fiel observante de la disciplina, se conquistó envidiable reputacion por sus dotes de mando.

El Brigadier Sanchez Barcáiztegui, con un valor á toda prueba y una serenidad jamás desmentida, sacrificándolo todo al cumplimiento de su deber, ha consumado con una muerte gloriosa el sacrificio de su vida, al cual con tanta abnegacion como patriotismo se habia prestado en el Callao.

Quizás hayais creído, señores, que he tenido la temeridad de traer á este sagrado recinto una arenga declamatoria, y para lo cual no era menester venir al templo, ni doblar ante el Sér Supremo la rodilla, ni ofrecerle, cual lo habeis hecho, un sacrificio de infinito valor. Si os ha parecido que falté á este propósito, no me juzgueis todavía, es que asenté premisas que nos llevarán al cabo á consecuencias enteramente morales y religiosas, y estas premisas, como impuestas en cierto modo por la índole de esta solemnidad, no debia yo alterarlas ó sustituirlas. Quizás he sido tambien demasiado parco en elogios para los vivos, quizás me he ocupado demasiado de los muertos; pero ¡ah, señores! su gloria, sí; la vuestra yo no debo ni mencionarla siquiera:

ante mortem ne laudes hominem me dice el Eclesiástico; y si el precepto de la Sagrada Escritura no fuera bastante á determinar mi conducta, la consideracion de no herir vuestra reconocida modestia, hubiérame decidido en este particular.

El amor á la pátria, que nuestra augusta religion santifica, es el que nos da fuerzas para sacrificarle nuestro egoismo personal, como lo han hecho las ilustres víctimas que lloramos. Las almas pequeñas que viven exclusivamente para sí y solo extienden su accion al círculo estrecho de sus intereses individuales, carecen de significacion en órden á la humanidad, y pasan por este planeta desconocidas, y quedan, al marcharse de él, envueltas en la oscuridad. Para el hombre egoista no tiene la historia una página, ni la pátria un monumento, ni la gloria un nombre, ni la religion una alabanza, ni el Cielo una bendicion, ni Dios una corona.

La religion llora hoy á sus preclaros hijos: como veis, cúbrese de luto y entona esos ayes de dolor que habeis oido y que parecen pegarse al alma segun lo triste que nos la dejan. *Dimite ergo me*, ha dicho, *ut plangam paululum dolorem meum*. Y la pátria á su vez, mezclando sus lágrimas con las de la religion, llora tambien á nuestros muertos queridos, como aquella madre que cansaba los ecos de Ramá sin querer consolarse porque sus hijos habian muerto. *Rachel plorans filios suos et noluit consolari, quia non sunt*. Ambas, confundiendo su dolor despues de mezclar sus lágrimas, se afanan hoy en darles nueva vida, no pueden, no, darles la vida que han perdido, pero los salvan del olvido, de esa segunda muerte, mil veces más horrible que la primera, por la memoria, por el recuerdo. ¡El recuerdo! que

detiene y clava lo que se desliza, que torna presente lo que ya pasó, que hace vivir lo que ya no es: la una consagra su recuerdo en el altar del Señor, en el corazón de Jesucristo, en el seno de Dios, hogar de las almas, porque allí es donde los muertos viven realmente y hacen sentir su presencia; la otra los recuerda en su historia; y no podía ser de otro modo, señores, porque si el agradecimiento es el recuerdo del corazón, el recuerdo de la historia es el reconocimiento de la patria.

Y nada más justo que esos hijos beneméritos de España reciban en recompensa de su sacrificio la vida de los recuerdos de la inmortalidad y de la gloria; y como esto es tan justo, vosotros no podiais ignorarlo, dícelo bien alto la institución de esta fúnebre solemnidad, por la cual yo os felicito cordialísimamente. A ellos, y á todos los que les han precedido en tan gloriosa senda, debémosles gratitud inmensa.

Suprimamos por un momento en nuestra historia nacional los nombres de tantos varones famosos en la piedad, en las ciencias, en las armas, y nos encontraremos de repente ignorantes, mudos, sin ciencia, sin historia, sin glorias. Suprimid por un instante en vuestra historia los nombres de Colon, Elcano, el de Austria, Somodevilla, Jorge Juan, Gravina, Churruca, los Alavas, Alcalá Galiano, Hidalgo de Cisneros y tantos otros que enumerar no puedo; cortad toda comunicacion con esa galería de hombres célebres en la historia de la Marina; eclipsad esos magníficos luminares, y os quedareis de repente á oscuras, sin historia, sin glorias y sin maestros. Vuestro es el fruto de sus glorias y de sus sacrificios. La religion acoge, bendice y premia también su sacrificio, porque como todo don perfectísimo vie-

ne del Padre de las luces, porque nuestra religion sacrosanta adora al Dios de los Ejércitos, porque la religion es madre, y no puede olvidar que todos fueron sus hijos, que muchos esgrimieron su victoriosa espada en su defensa, y que todos tuvieron fé profesando y enalteciendo las máximas del Catholicismo.

Y ahora, cumplido este deber de gratitud á las víctimas ilustres de su amor á la pátria, unámonos por ese espíritu de caridad cristiana, y oremos y roguemos tambien por las infelices víctimas de su amor al trabajo, de su constante laboriosidad; oremos, señores, por los que han sucumbido en esa inmensa catástrofe que ha cubierto de luto y desolacion las costas del Cantábrico, que ha sumido en el dolor y la miseria centenares de familias. Asociados á nosotros por esa vida sembrada de constantes peligros y de azares sin cuento, han muerto luchando con ese poder tantas veces irresistible. ¡Cuántos rasgos de valor heróico y de sublime abnegacion habrán ilustrado tambien esa iumensa catástrofe! Rasgos de valor que no se escriben, que permanecen por siempre ocultos entre las revueltas olas del Occéano. ¡Oremos, señores, para que el Dios de las misericordias acoja en su seno á esos infelices, y remedie con su providencia bienhechora tanto y tan grande infortunio!

Comencé con citas históricas, y de intento he reservado una, para terminar con ella mi discurso. Ningun pueblo unió mejor el sentimiento religioso con el nacional que el pueblo de Israel; era el pueblo de Dios: aquel pueblo que tuvo que optar entre el olvido y el desprecio del mundo; aquel reducido Estado cuya extension no llegaba á 20 leguas, fué el que más sirvió al género humano. La humanidad debéselo todo, desde aquella idea, no semítica, sino hebrái-

ca, que constituye la nobleza y el poder de la razón moderna, la idea del Dios único personal y vivo, hasta esa sangre preciosa del Calvario que tiene la virtud de fecundar la idea divina y de hacer que broten de ella las virtudes que convirtieron y civilizaron á nuestros padres y pusieron los cimientos de la sociedad cristiana. En vano habló y murió Sócrates, y Atenas y Roma guardaron sus dioses y sus costumbres. Si nosotros formamos la cristiandad, es porque los hijos de Judá vinieron y trajéronnos el tesoro conservado durante tantos siglos en el depósito reducido, pero celoso de su independencia nacional.

Pues bien, si podemos llamarnos españoles con orgullo, si no hemos sido jamás uncidos al carro victorioso de ningún guerrero, por grande que haya sido su génio militar, si tenemos pátria, y pátria con honra, debémoslo á los ilustres héroes que murieron defendiéndola. He dicho murieron, he dicho mal, ¡los héroes nunca mueren! para ellos los mármoles, los bronces, las páginas de la historia, los corazones henchidos de gratitud de sus compatriotas y compañeros que vienen á ofrecer ante el altar del Señor el perfume de sus oraciones, para que, á sus coronas de encina y laurel, añada también la más preciosa de su gloria eterna, que dura por los siglos de los siglos.

